V. I. Lenin

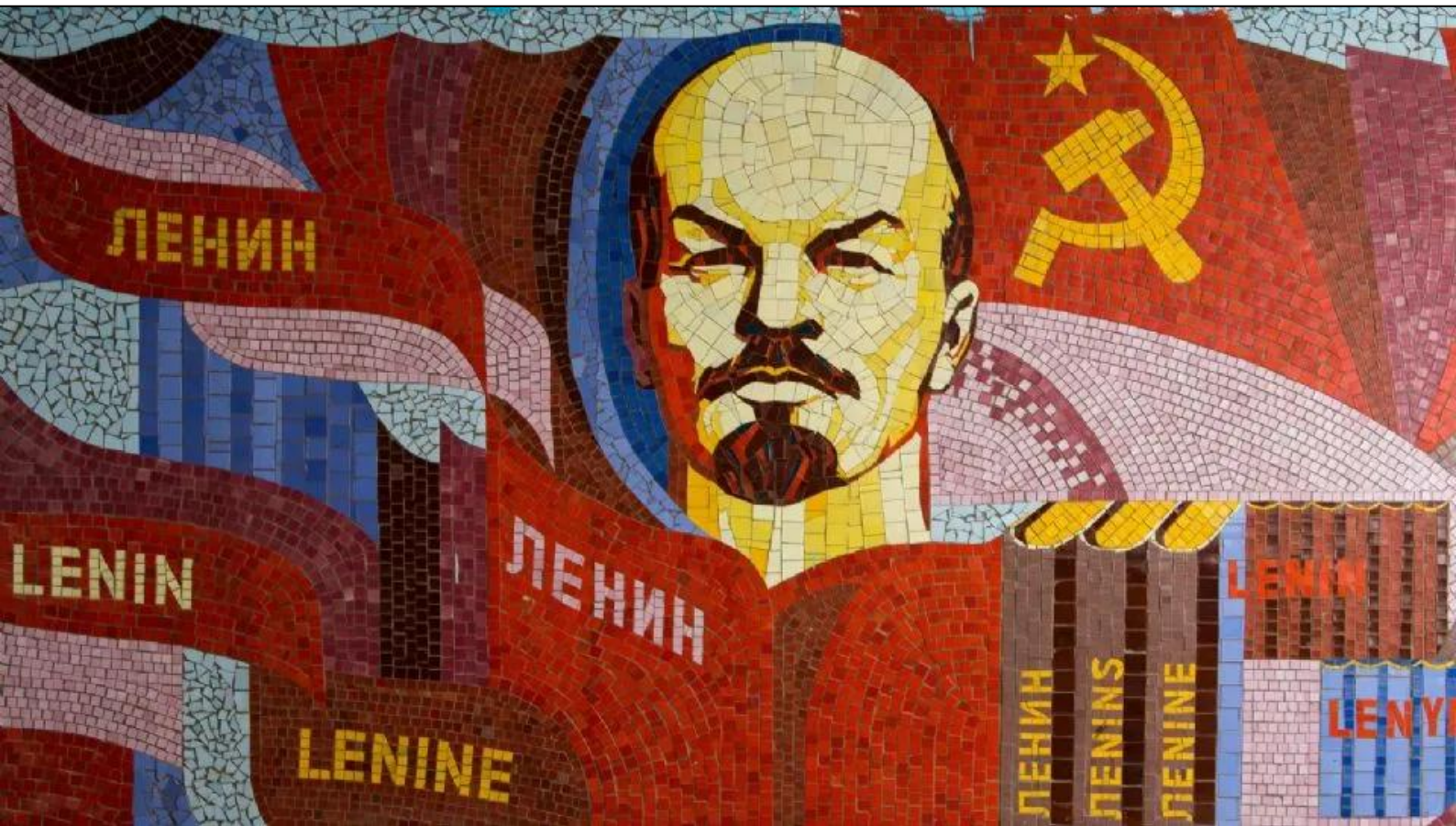
Bajo pabellón ajeno (V.I. Lenin, 1915)

21/01/2026

Introducción por: Nolito Ferreira. Presentación del texto El texto Bajo pabellón ajeno fue redactado por Lenin en 1915 con el propósito de formar parte de una recopilación marxista que debía publicarse legalmente en Rusia. Esta circunstancia obligó al autor a emplear un lenguaje velado y a evitar determinados términos para eludir la censura zarista. Aun [...]

HISTORIA
POLÍTICA

18 min.



Introducción por:
Nolito Ferreira.

Presentación del texto

El texto *Bajo pabellón ajeno* fue redactado por Lenin en 1915 con el propósito de formar parte de una recopilación marxista que debía publicarse legalmente en Rusia. Esta circunstancia obligó al autor a emplear un lenguaje velado y a evitar determinados términos para eludir la censura zarista. Aun así, la obra fue interceptada y no pudo ver la luz hasta después de la Revolución de Febrero de 1917. Esa situación explica el uso de una terminología particular: el socialismo aparece designado como *democracia contemporánea*, mientras que el capitalismo es presentado como *democracia liberal* o burguesa.

El núcleo de la crítica de Lenin se dirige contra el oportunismo, al que acusa de reemplazar la lucha por la democracia contemporánea —es decir, por el socialismo— por una política pensada con los esquemas y los criterios heredados de las revoluciones burguesas (guerras de liberación nacional en contra del feudalismo). Estos marcos tuvieron un contenido progresivo en su momento, cuando la burguesía, en su fase ascendente, combatía al feudalismo envolviendo su acción en un discurso democrático-burgués; pero trasladados a la época imperialista, donde la burguesía es ya dominante y se ha vuelto reaccionaria, estos marcos se convierten en una mistificación, pues encubren intereses reaccionarios y sirven para subordinar a los trabajadores a objetivos ajenos a los de su clase.

La expresión «luchar bajo pabellón ajeno» resume esta desviación política: significa poner al proletariado al servicio de objetivos que no son los suyos, sino los de la burguesía. Para justificar esa subordinación, los oportunistas apelan a textos de Marx y Engels en los que estos apoyaron luchas nacionales burguesas en el siglo XIX, pretendiendo extrapolarlos para legitimar guerras imperialistas contemporáneas. Desde esta óptica, plantear la defensa de la nación o discutir qué potencia debe imponerse en una guerra imperialista equivale a elegir a la burguesía de uno de los bandos y a abandonar los intereses comunes del proletariado internacional, es decir,

equivale a renunciar al internacionalismo y ponerse del lado de la burguesía nacional.

Lenin subraya que el carácter de las guerras no se define por consignas políticas abstractas, sino por su contenido de clase. Lo decisivo es determinar qué clase social ocupa el lugar dirigente y define el sentido de la época. En el imperialismo, en términos generales, la tarea histórica ya no es completar revoluciones burguesas pendientes, sino avanzar hacia la revolución socialista.

Desde este punto de vista, carece de sentido preguntarse si es preferible el triunfo de una potencia imperialista ya consolidada o de otra en ascenso: ambas luchan por el reparto del mundo y ninguna ofrece una causa que el proletariado pueda asumir como propia. Hoy en día, por ejemplo, de nada puede servir posicionarse en favor del bloque de la OTAN o del de los BRICS; ninguno puede empujar progresivamente el movimiento histórico hacia el socialismo. La tarea es, por el contrario, reforzar la independencia de clase frente al oportunismo. El imperialismo disfraza sus guerras como cruzadas por la democracia, y el oportunismo actúa como su intermediario, facilitando que la clase obrera sea movilizada bajo una bandera que no le pertenece. Frente a ello, Lenin afirma que la lucha debe orientarse hacia la democracia contemporánea, la democracia proletaria, y no hacia la defensa de la vieja democracia liberal.

Damos paso, pues, a la lectura de este texto tan valioso para nuestros días y, sin embargo, tan poco difundido.

Bajo pabellón ajeno

En el número 1 de *Nashe Delo* (Petrogrado, enero de 1915) apareció un artículo muy característico de tipo programático, del señor A. Potrésov: *En la divisoria de dos épocas*. Como en uno precedente del mismo autor aparecido poco antes en otra revista, el presente artículo expone las ideas fundamentales de toda una tendencia burguesa del pensamiento social de Rusia, a saber: la tendencia liquidacionista, sobre importantes y candentes problemas de nuestro tiempo. En rigor, no se trata de

artículos, sino del manifiesto de una tendencia determinada, y quien los lea con atención y reflexione sobre su contenido se dará cuenta de que sólo consideraciones fortuitas, es decir, que no tienen nada que ver con inquietudes puramente literarias, han impedido al autor (y a sus amigos, pues no está solo) expresar sus ideas en la forma más apropiada de una declaración o de un *credo* (profesión de fe).

La idea central de A. Potrésov es que la democracia contemporánea se encuentra en la divisoria de dos épocas, con la particularidad de que la diferencia fundamental entre la antigua época y la nueva consiste en el paso de la estrechez nacional a la internacionalidad. Por democracia contemporánea, entiende A. Potrésov la típica de finales del siglo XIX y comienzos del XX, a diferencia de la antigua democracia burguesa, característica de fines del XVIII y de los dos primeros tercios del siglo XIX.

A primera vista pudiera parecer que la idea del autor es absolutamente correcta, que estamos ante un adversario de la tendencia nacional-liberal que predomina hoy en la democracia contemporánea, que el autor es un *internacionalista*, no un nacional-liberal. En efecto, ¿acaso asumir la defensa de la internacionalidad y atribuir rasgos como la estrechez nacional y el exclusivismo nacional a una época antigua, ya pasada, no es romper en forma decidida con la epidemia de nacional-liberalismo, con esta úlcera de la democracia contemporánea, o, más exactamente, con sus representantes oficiales? A primera vista, no sólo puede parecerlo, es casi inevitable que así ocurra. Y sin embargo, es un profundo error. El autor hace pasar su mercancía bajo pabellón ajeno. A sabiendas o no —poco importa en este caso—, ha recurrido a una pequeña treta militar, ha izado el pabellón de la *internacionalidad* con el fin de hacer pasar a su amparo, con el mínimo riesgo, de contrabando la mercancía del nacional-liberalismo. Pues A. Potrésov es el más declarado nacional-liberal. Toda la esencia de su artículo (así como de su programa, de su plataforma, de su *credo*) consiste precisamente en el empleo de esa pequeña treta de guerra, inocente, si se quiere, en hacer pasar el oportunismo bajo el pabellón de la *internacionalidad*. Es preciso que nos detengamos a explicar esa esencia con todo detalle, ya que se trata de un problema de enorme importancia, de primerísima importancia. Por lo que hace a la utilización de un pabellón ajeno por el señor Potrésov, es tanto más peligroso por cuanto que él, además de escudarse tras el principio de la internacionalidad, se

ampara también bajo el título de partidario de la *metodología marxista*. Dicho en otros términos, A. Potrésov quiere ser un verdadero discípulo y portavoz del marxismo, pero en la práctica sustituye éste con el nacional-liberalismo. A. Potrésov quiere *rectificar* a Kautsky, acusándolo de *hacer de abogado*, o sea, de defensor del liberalismo del color, ora de una nación, ora de otra, del color de diversas naciones. A. Potrésov quiere oponer la internacionalidad y el marxismo al nacional-liberalismo (pues es del todo indudable e indiscutible que Kautsky se ha convertido ahora en un nacional-liberal). Pero, en los hechos, A. Potrésov opone al nacional-liberalismo multicolor, un nacional-liberalismo monocolor. Ahora bien, el marxismo es hostil —y en la situación histórica concreta actual, hostil en todos los aspectos— a cualquier nacional-liberalismo. Que ello es efectivamente así, y acerca de por qué es así, hablaremos ahora.

I

El lector podrá comprender más fácilmente la clave de las desventuras que hicieron que A. Potrésov se encontrara navegando bajo el pabellón nacional-liberal si penetra en el sentido del siguiente pasaje de su artículo:

> Con todo el ardor que los caracterizaba (a Marx y a sus camaradas), se lanzaron a superar el problema, sin importarles cuán complejo fuera; establecieron el diagnóstico del conflicto, trataron de determinar el *triunfo de qué bando* abriría más ancho campo a las posibilidades más deseables, desde su punto de vista, y, de este modo, establecieron cierta base para elaborar su táctica (pág. 73, la cursiva de las citas es nuestra [de Lenin]).

El triunfo de qué bando es preferible: esto es lo que debe determinarse, y no desde un punto de vista nacional sino internacional; he ahí la esencia de la metodología marxista; he ahí lo que Kautsky no indica, dejando de esta manera de ser un *juez* (un marxista) para convertirse en un *abogado* (en nacional-liberal). Tal es la idea de A. Potrésov. Él mismo está profundamente convencido de no hacer, ni mucho menos, de *abogado* al defender que es preferible el éxito de un bando (justamente del suyo), pues se guía por consideraciones verdaderamente internacionales respecto de los pecados

desmesurados de la otra parte…

Tanto Potrésov como Máslov, Plejánov, etc., se guían por consideraciones verdaderamente internacionales, llegando a las mismas conclusiones que el primero de los citados… Esto es ingenuo hasta… Pero no nos adelantemos, terminemos primero el análisis de un problema puramente teórico.

Marx definió *el triunfo de qué bando era preferible*, por ejemplo, en la guerra italiana de 1859. A. Potrésov se detiene precisamente en ese ejemplo que, «en virtud de ciertas peculiaridades que acusa, tiene para nosotros un interés especial». Por nuestra parte, también estamos de acuerdo en utilizar el ejemplo elegido por A. Potrésov. Napoleón III declaró la guerra a Austria en 1859, so pretexto de la liberación de Italia, pero, en la realidad, para servir sus intereses dinásticos.

«Detrás de Napoleón III —escribe A. Potrésov— se dibujaba la silueta de Gorchakov, que acababa de concertar un tratado secreto con el emperador de los franceses». Resulta un cúmulo de contradicciones: en un bando, la monarquía más reaccionaria de Europa, que mantenía a Italia en la opresión, y, en el otro, los representantes de la Italia que se liberaba y revolucionaria, incluido hasta Garibaldi, al lado del archirreaccionario Napoleón III, etc.

«¿No habría sido más sencillo —escribe A. Potrésov— no caer en pecado y decir: "el uno y el otro son los peores"? Sin embargo, ni Engels ni Marx, tampoco Lassalle, se dejaron seducir por la "sencillez" de semejante solución, sino que se pusieron a indagar (A. Potrésov quiere decir: a estudiar y a investigar) cuál desenlace del conflicto podía ofrecer las máximas posibilidades a la causa querida por todos ellos».

A pesar de Lassalle, Marx y Engels opinaron que Prusia debía intervenir. Entre sus consideraciones —según confiesa el propio A. Potrésov—, había algunas «sobre un posible movimiento nacional en Alemania, como resultado del conflicto con la coalición enemiga, movimiento que se desarrollaría saltando por encima de sus numerosos soberanos, y sobre qué potencia del concierto europeo representaba el mal principal: la monarquía reaccionaria danubiana u otros eminentes representantes de este concierto».

Para nosotros no es importante —concluye A. Potrésov— quién tenía razón, si Marx o Lassalle; lo importante es que todos coincidían en la necesidad de determinar, desde un punto de vista internacional, qué bando era preferible que triunfase.

Tal es el ejemplo escogido por A. Potrésov; tal es el razonamiento de nuestro autor. Si Marx supo en su época *juzgar los conflictos internacionales* (expresión de A. Potrésov), pese al carácter ultrarreaccionario de los gobiernos de los dos bandos beligerantes, también hoy los marxistas están obligados a dar un juicio *semejante*, concluye Potrésov.

Esta conclusión es una pueril ingenuidad o un burdo sofisma, pues se reduce a lo siguiente: puesto que Marx resolvió en 1859 la cuestión de qué burguesía era preferible que triunfase, también nosotros, por eso, debemos resolver, más de medio siglo después, exactamente el mismo problema.

A. Potrésov no advirtió que para Marx, en 1859 (así como en varios casos posteriores), la cuestión de qué bando era preferible que triunfase equivalía a la de «*qué burguesía* era preferible que triunfase». A. Potrésov *no advirtió* que Marx resolvió esa cuestión cuando existían —y además habían pasado al primer plano del proceso histórico en los Estados europeos más importantes— movimientos *burgueses* de indudable carácter *progresista*.

Hoy, sería ridículo hasta imaginar una burguesía progresista, un movimiento burgués progresista, refiriéndose, por ejemplo, a figuras clave, sin duda centrales y de la mayor importancia en el *concierto* europeo, como son Inglaterra y Alemania. La vieja *democracia* burguesa de esos Estados clave, que ocupan una posición central e importantísima, se ha vuelto reaccionaria. Ahora bien, el señor A. Potrésov lo *ha olvidado* y ha sustituido la cuestión sobre el punto de vista de la democracia *contemporánea* (no burguesa) con el de la *vieja* pseudodemocracia (burguesa). Esta adopción del punto de vista de otra clase, además de vieja y caduca, es el más puro oportunismo. Y no es cosa de justificar esa actitud con un análisis del contenido objetivo del proceso histórico en la vieja época y en la nueva.

Es precisamente la burguesía —por ejemplo, en Alemania y también, por otra parte, en Inglaterra— la que se esfuerza en realizar ese reemplazo hecho por A. Potrésov: la sustitución de la época imperialista con la de los movimientos progresistas burgueses, de liberación nacional y democráticos liberadores. A. Potrésov, sin sentido crítico, marcha a remolque de la burguesía. Y ello es tanto más imperdonable, cuanto que el propio A. Potrésov, en el ejemplo que él mismo ha elegido, debió reconocer y señalar el género de consideraciones por las que se guiaron Marx, Engels y Lassalle en una época ya lejana en el tiempo.[1]

En primer lugar, se trataba de consideraciones sobre el movimiento *nacional* (de Alemania e Italia), sobre el hecho de que se desarrollara saltando por encima de los *representantes del medievo*; en segundo lugar, de consideraciones sobre el *mal principal* encarnado por las monarquías reaccionarias (austríaca, napoleónica, etc.) en el concierto europeo.

Estas consideraciones están perfectamente claras y son indiscutibles. Los marxistas nunca han negado el carácter progresista de los movimientos burgueses de liberación nacional contra las fuerzas feudales absolutistas. A. Potrésov no puede ignorar que *nada parecido* existe ni puede existir en los Estados centrales, es decir, en los Estados rivales principales y más importantes de nuestra época. Tanto en Italia como en Alemania había entonces movimientos populares de liberación nacional que se prolongaron *decenas de años*. En aquel entonces, la burguesía occidental no apoyaba financieramente a las demás entidades conocidas estatales; por el contrario, esas entidades eran *verdaderamente el mal principal*. A. Potrésov no puede ignorar —como él mismo lo reconoce en ese artículo— que en nuestra época *ni una sola* de las demás entidades estatales es ni puede ser el *mal principal*.

La burguesía (la alemana, por ejemplo, aunque no sea, en modo alguno, la única), alienta, con fines interesados, la ideología de los movimientos nacionales, tratando de trasplantarla a la época del imperialismo, es decir, a otra época distinta por completo. Y los oportunistas, que marchan como siempre a remolque de la burguesía, *abandonan* el punto de vista de la democracia *contemporánea*, adoptan el de la *vieja* democracia (burguesa). Aquí está, precisamente, el pecado fundamental de todos los artículos, de toda la posición y toda la línea de A. Potrésov y de sus correligionarios

liquidadores. Marx y Engels resolvieron la cuestión de qué burguesía era preferible que triunfase en la época de la democracia *vieja* (burguesa), guiándose por la preocupación de desarrollar el movimiento modestamente liberal para transformarlo en impetuoso movimiento democrático. A. Potrésov propugna el nacional-liberalismo burgués en la época de la democracia *contemporánea* (no burguesa), cuando ya no puede hablarse ni en Inglaterra, ni en Alemania, ni en Francia de movimientos burgueses progresistas, ni liberalmente modestos ni democráticamente impetuosos. Marx y Engels marchaban *adelantándose* a su época, la época de los movimientos progresistas nacionales burgueses, impulsando el *avance* de *estos* movimientos y preocupándose de que se desarrollaran saltando por *encima* de los representantes del medievo.

Como todos los socialchovinistas, A. Potrésov retrocede con respecto a su *época*, la época de la democracia contemporánea, ya que salta a un punto de vista hace tiempo caduco, muerto y, por ello, esencialmente falso, al punto de vista de la democracia vieja (burguesa). Por ello es enormemente embrollado y ultrarreaccionario el siguiente llamado de A. Potrésov a la democracia:

> ¡No retrocedas, marcha hacia adelante! No hacia el individualismo, sino hacia la conciencia internacional en toda su integridad y en todo su vigor. Hacia adelante significa también, en cierto sentido, hacia atrás: hacia Engels, Marx y Lasalle, hacia su método de evaluar los conflictos internacionales y de incluir también la acción internacional de los Estados en los propósitos generales de la utilización democrática.

A. Potrésov hace *retroceder* la democracia contemporánea no *en cierto sentido*, sino en todos los sentidos hacia las consignas y la ideología de la vieja democracia burguesa, hacia la dependencia de las masas respecto de la burguesía... El método de Marx consiste, ante todo, en tener en cuenta el contenido *objetivo* del proceso histórico en el momento concreto dado y en la situación concreta dada, a fin de comprender, ante todo, el movimiento *de qué clase* es el principal resorte de un posible progreso en esa situación concreta. En aquel tiempo, en 1859, el contenido objetivo del proceso histórico en la Europa continental no era el imperialismo, sino los movimientos burgueses de liberación nacional. El resorte principal era el movimiento de la

burguesía contra las fuerzas feudales absolutistas. Pero el sabihondo A. Potrésov, 55 años después, cuando el lugar de los feudales reaccionarios ha sido ocupado por sus congéneres, los magnates del capital financiero de la burguesía decrépita, quiere evaluar los conflictos internacionales desde el punto de vista de la *burguesía y no del de la nueva clase*.[2]

A. Potrésov no ha meditado en el alcance de la verdad que expresan estas palabras suyas. Supongamos que dos países combaten entre sí en la época de los movimientos burgueses, nacionales y de liberación. ¿A qué país desear éxito desde el punto de vista de la democracia contemporánea? Es evidente que al país cuyo éxito impulse con más fuerza y desarrolle con más ímpetu el movimiento de liberación de la burguesía y quebrante más a fondo el feudalismo. Supongamos después que el *factor determinante* de la situación histórica objetiva ha cambiado y que el lugar del capital de la época de liberación nacional ha sido ocupado por el reaccionario e internacional capital financiero imperialista. El primero posee, pongamos por caso, tres cuartas partes de África, y el segundo, la cuarta parte. El contenido objetivo de su guerra es el reparto de África. ¿A qué bando habrá que desear éxito? Sería absurdo plantear el problema en los términos anteriores, ya que no tenemos los criterios anteriores de evaluación: el prolongado desarrollo del movimiento burgués de liberación ni el largo proceso de decadencia del feudalismo. No es tarea de la democracia contemporánea ayudar al primero a afirmar sus derechos sobre las tres cuartas partes de África, ni ayudar al segundo (aunque su desarrollo económico sea más rápido que el del primero) a apropiarse de estas tres cuartas partes.

La democracia contemporánea sólo será fiel a sí misma si no se suma a burguesía imperialista alguna, si declara que *la una y la otra son las peores* y si desea en cada país el fracaso de la burguesía imperialista. Toda otra solución será en los hechos una solución nacional-liberal y no tendrá nada de común con la verdadera internacionalidad.

* * *

Que el lector no se deje engañar por la rebuscada terminología de A. Potrésov, con la que encubre su paso al punto de vista de la burguesía. Cuando exclama: «No hacia el individualismo, sino hacia la conciencia internacional en toda su integridad y en todo su vigor», piensa en contraponer su punto de vista al de Kautsky. Cuando califica de *individualismo* la opinión de Kautsky (y de otros como él), alude a que éste trata de ignorar la cuestión *qué bando es preferible que triunfe*, y justifica el nacional-liberalismo de los obreros de cada país *individual*. Pero nosotros, deja entender, es decir, A. Potrésov, Cherevanin, Máslov, Plejánov, etc., apelamos a «la conciencia internacional en toda su integridad y en todo su vigor» porque estamos en favor del nacional-liberalismo de un determinado color, nunca desde el punto de vista del Estado individual (o individualmente nacional), sino verdaderamente internacional... Este razonamiento sería ridículo, si no fuera tan... vergonzoso.

Tanto A. Potrésov y Cía. como Kautsky van a remolque de la burguesía después de traicionar el punto de vista de la clase que pretenden representar.

II

A. Potrésov ha titulado su artículo: *En la divisoria de dos épocas*. No cabe duda que vivimos en la divisoria de dos épocas, y los acontecimientos históricos de enorme importancia que se desarrollan ante nuestros ojos sólo pueden ser comprendidos si se analizan, en primer lugar, las condiciones objetivas del tránsito de una época a otra. Se trata de grandes épocas históricas; en toda época hay y habrá movimientos parciales, particulares, ora de avance, ora de retroceso; hay y habrá desviaciones diversas con respecto al tipo medio y al ritmo medio de los movimientos. No podemos saber con qué rapidez y con qué éxito se desplegarán los diferentes movimientos históricos de tal o cual época dada. Pero sí podemos saber, y lo sabemos, *qué clase* ocupa el lugar central en tal o cual época y determina su contenido principal, la tendencia principal de su desarrollo, las principales particularidades de la situación histórica de esa época, etc. Sólo sobre esta base, es decir, teniendo en cuenta, en primer término, los rasgos distintivos fundamentales de las diversas *épocas* (y no los episodios particulares de la historia de cada país), podemos trazar correctamente nuestra táctica; sólo el conocimiento de los rasgos fundamentales de una época dada

servirá de base para considerar las particularidades más detalladas de tal o cual país.

Es ahí justamente donde está el sofisma fundamental de A. Potrésov y de Kautsky (cuyo artículo aparece en el mismo número de *Nashe Delo*),[3] o el error histórico cardinal de ambos, el que conduce tanto a uno como a otro a conclusiones nacional-liberales, en vez de marxistas.

El quid está en que el ejemplo escogido por A. Potrésov, y que tiene un *interés especial* para él —el ejemplo de la campaña de Italia de 1859—, así como numerosos ejemplos históricos análogos, citados por Kautsky, se refieren *precisamente no a esas épocas históricas en cuya divisoria* vivimos.

Demos a la época en que entramos (o en que hemos entrado, pero que se halla en su etapa inicial) el nombre de época contemporánea (o tercera). Llamemos época de ayer (o segunda) a aquella de la que acabamos de salir. Entonces, a la época de la que A. Potrésov y Kautsky toman sus ejemplos habría que denominarla época de anteayer (o primera). El sofisma escandaloso y la falsedad intolerable de los razonamientos de A. Potrésov y de Kautsky provienen precisamente de que sustituyen las condiciones de la época contemporánea (tercera) por las de la época de anteayer (primera).

Expliquémonos.

La división corriente de las épocas históricas, citada con frecuencia en las publicaciones marxistas, repetida múltiples veces por Kautsky y adoptada por A. Potrésov en su artículo, es la siguiente: 1) 1789-1871; 2) 1871-1914; 3) 1914-?

Por supuesto que en este caso los límites, como en general todos los límites, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y variables, relativos, y no absolutos. Y nosotros sólo de forma aproximada tomamos los hechos históricos más destacados, los que saltan a la vista, como jalones de los grandes movimientos históricos.

La primera época, que se extiende desde la Gran Revolución Francesa hasta la guerra franco-prusiana, es la época de ascenso de la burguesía, de su pleno triunfo. Es la línea de la burguesía en ascenso, la época de los movimientos democráticos

burgueses, en general, y de los movimientos nacionales burgueses, en particular; la época de rápida quiebra de las caducas instituciones feudales absolutistas. La segunda es la época de dominio total y de declinación de la burguesía, la época de la transición de la burguesía progresista al capital financiero reaccionario y ultrarreaccionario. Es la época en la cual una nueva clase prepara y acumula lentamente fuerzas, la época de la democracia contemporánea. La tercera época, que acaba de comenzar, coloca a la burguesía en la misma situación en que estaban los señores feudales durante la primera época. Es la época del imperialismo y, además, de las conmociones imperialistas derivadas del imperialismo.

Y fue Kautsky, el propio Kautsky, quien en toda una serie de artículos y en su folleto *El camino al poder* (aparecido en 1909) trazó del modo más cabal los rasgos fundamentales de la tercera época, que acaba de iniciarse; quien señaló la diferencia esencial entre ésta y la segunda (la de ayer), quien reconoció que las tareas inmediatas, así como las condiciones y las formas de lucha de la democracia contemporánea habían cambiado debido a los cambios en las condiciones históricas objetivas. Hoy Kautsky prende fuego a lo que antes adoraba y cambia de frente de la manera más increíble, más indecente y más desvergonzada. En el folleto citado habla sin rodeos de los síntomas que anuncian la guerra, de esa misma guerra que en 1914 se convirtió en realidad. Bastaría una simple comparación de ciertos pasajes de ese folleto con lo que hoy escribe Kautsky, para mostrar con plena evidencia que traiciona sus propias convicciones y sus declaraciones más solemnes. Y en este sentido Kautsky no es un caso aislado (y, además, no sólo alemán), sino el representante típico de toda una capa superior de la democracia contemporánea que, en un momento de crisis, se ha pasado al lado de la burguesía.

Todos los ejemplos históricos que han tomado A. Potrésov y Kautsky se refieren a la primera época. Durante las guerras de 1855, 1859, 1864, 1866 y 1870, y también las de 1877 (ruso-turca) y de 1896-1897 (guerras entre Turquía y Grecia, y disturbios en Armenia), los movimientos nacionales burgueses o las *convulsiones* de una sociedad burguesa que se liberaba de las diversas formas de feudalismo constituyeron el contenido objetivo básico de los fenómenos históricos. Entonces no cabía hablar siquiera, en toda una serie de países adelantados, de una acción verdaderamente independiente de la democracia contemporánea y que correspondiese a la época de

descomposición y decadencia de la burguesía. La clase principal que en aquel entonces —durante esas guerras y al tiempo que tomaba parte en esas guerras— marchaba por una línea ascendente y la sola que podía actuar con fuerza demoledora contra las instituciones absolutistas feudales, era la burguesía. En los distintos países, esta burguesía, representada por diferentes capas de productores de mercancías acomodados, era progresista en diverso grado, y, a veces, hasta revolucionaria (por ejemplo, una parte de la italiana en 1859); pero el rasgo común de la época era justamente el carácter progresista de la burguesía, *es decir*, le faltaba resolver y culminar su lucha contra el feudalismo. Es muy natural que los elementos de la democracia contemporánea —y Marx, como representante de ellos—, guiándose por el principio indiscutible de apoyo a la burguesía progresista (a la burguesía capaz de luchar) contra el feudalismo, tuvieran que resolver entonces la cuestión de *qué bando*, o sea, de qué burguesía era preferible que triunfase. El movimiento popular en los principales países afectados por la guerra era entonces un movimiento democrático general, es decir, democrático burgués, por su contenido económico y de clase. Es muy natural que tampoco fuera posible plantear en aquella época *otra* cuestión, salvo la referente a qué burguesía, en qué combinación de circunstancias, frente al fracaso de cuál de las fuerzas reaccionarias (absolutistas y feudales, que retardaban el ascenso de la burguesía) ofrecía un *campo* más amplio a la democracia contemporánea.

Por otra parte, como se ve obligado a reconocerlo el mismo A. Potrésov, cuando Marx *evaluaba* los conflictos internacionales sobre la base de los movimientos burgueses nacionales y de liberación, lo hacía teniendo en cuenta qué bando, al triunfar, favorecería más el *desarrollo* (pág. 74 del artículo de A. Potrésov) de los movimientos nacionales y, en general, de los movimientos populares democráticos. Esto significa que, durante los conflictos bélicos derivados del ascenso de la burguesía al poder en diversas nacionalidades, a Marx le preocupaba ante todo, como en 1848, la ampliación y acentuación de los movimientos democráticos burgueses mediante la participación de las más vastas y más *plebeyas* masas, de la pequeña burguesía, en general, y, en particular, del campesinado; por último, de las clases desposeídas. Precisamente el hecho de que Marx tuviera en cuenta la ampliación de la base social del movimiento, su desarrollo, es lo que diferencia de manera radical su táctica

democrática consecuente de la táctica de Lassalle, inconsecuente y proclive a la alianza con los nacional-liberales.

También en la tercera época los conflictos internacionales siguen siendo, *por la forma*, conflictos internacionales idénticos a los de la primera época, pero *su contenido* social y de clase ha cambiado de manera radical. La situación histórica objetiva es totalmente distinta.

La lucha del capital ascendente por la liberación nacional contra el feudalismo, ha cedido el paso a la lucha que libra contra las fuerzas nuevas el capital financiero ultrarreaccionario, decrépito y caduco, en marcha descendente hacia la decadencia. Los límites nacionales burgueses de los Estados, que fueron durante la primera época un punto de apoyo para el *desarrollo* de las fuerzas productivas de la humanidad que se liberaba del feudalismo, se han convertido ahora, en la tercera época, en un obstáculo para el sucesivo desarrollo de las fuerzas productivas. De clase de avanzada en ascenso, la burguesía ha pasado a ser una clase declinante, decadente, interiormente carcomida y reaccionaria. La clase que está en ascenso, en amplia escala histórica, es otra clase completamente distinta.

Al repetir el engaño burgués basado en que *también hoy* el contenido objetivo del proceso histórico es, según ellos, el movimiento progresista de la burguesía contra el feudalismo, A. Potrésov y Kautsky han abandonado el punto de vista de esta clase y han retrocedido. En la realidad, hoy no puede ni hablarse de que la democracia *contemporánea* vaya a la zaga de la burguesía *reaccionaria*, imperialista, cualquiera que sea el color de esta burguesía.

En la primera época, la tarea histórica era objetivamente saber cómo debía *utilizar* la burguesía progresista, en su lucha contra los *principales* representantes del feudalismo agonizante, los conflictos internacionales con el fin de obtener la mayor ventaja para toda la democracia burguesa mundial en general. En aquellas fechas, en esa primera época, hace más de medio siglo, era natural e inevitable que la burguesía subyugada por el feudalismo deseara el fracaso de *su* opresor feudal, siendo de notar que el número de las principales fortalezas del feudalismo, de las centrales, de las que tenían importancia en toda Europa, era muy reducido. Y Marx *hizo una*

evaluación: en qué país, ante una situación concreta, era más vital el triunfo del movimiento burgués de liberación para volar una fortaleza feudal de importancia *europea general*.

Hoy, en la tercera época, no quedan fortalezas feudales de importancia europea general. La *utilización* es, por supuesto, tarea de la democracia contemporánea, pero esa utilización *internacional* debe estar orientada, a despecho de A. Potrésov y Kautsky, no contra capitales financieros nacionales aislados, sino contra el capital financiero internacional. Y no es la clase que estaba en ascenso hace cincuenta o cien años la que debe cumplir esta tarea. Entonces se trataba de la *acción internacional* (expresión de A. Potrésov) de la democracia burguesa más avanzada; hoy es otra clase la que tiene ante sí una tarea similar creada por la historia y planteada por la situación objetiva de las cosas.

III

A. Potrésov caracteriza la segunda época o el lapso de 45 años (1870-1914), como él la llama, de forma muy incompleta. Este defecto se advierte también en la caracterización que Trotski hace de esa época en su trabajo en alemán, aunque no esté de acuerdo con A. Potrésov en las conclusiones prácticas (esto claro está, favorece al primero), si bien, por otra parte, es difícil que estos autores no vean con claridad la causa de que haya cierta afinidad entre ellos.

Sobre la época que hemos denominado segunda o de ayer, A. Potrésov escribe: «La limitación a las cuestiones de detalle de la actividad y de la lucha y la idea universal de un desarrollo gradual, esos signos de la época, que algunos han erigido en principios, se convirtieron para otros en hecho habitual, y, como tal, el elemento constituyente de su psicología, en matiz de su ideología» (pág. 71). «Su facultad (se trata de la época) de progresar regularmente y sin precipitación ha tenido dos reversos: primero, la manifiesta incapacidad para adaptarse a los momentos de alteración del desarrollo gradual y a los fenómenos catastróficos de toda clase; segundo, se encontró particularmente prisionera en el marco de la acción nacional, del medio nacional» (pág. 72) ... «Ni revolución, ni guerras» (pág. 70) ... «La

democracia tomaba carácter nacional tanto más fácilmente cuanto más se prolongaba el periodo de su "guerra de posiciones" y cuanto más tiempo continuaba en escena este periodo de la historia europea que... no ha conocido conflictos internacionales en el corazón de Europa, que no ha vivido, por lo tanto, las inquietudes fuera de las fronteras de los Estados nacionales y no ha sentido agudamente intereses de nivel europeo o mundial» (págs. 75-76).

El defecto fundamental en esta caracterización, así como en la que hace Trotski de la misma época, es la renuncia a distinguir y reconocer las profundas contradicciones internas en la democracia contemporánea, que se ha desarrollado en el terreno descrito. Podría creerse que la democracia contemporánea de esa época permaneció como un todo único que, en general, se impregnó de la idea del desarrollo gradual, tomó carácter nacional, perdió el hábito de las alteraciones del desarrollo gradual y de las catástrofes, se empequeñeció y se cubrió de moho. En la realidad, esto no pudo haber pasado, pues junto con las tendencias señaladas es incuestionable que actuaban otras tendencias, contrarias: la existencia de las masas obreras se internacionalizaba —la atracción ejercida por las ciudades y la nivelación de las condiciones de vida en las grandes ciudades del mundo entero, la internacionalización del capital, la mezcla de la población urbana y rural, tanto nativa como extranjera, en las grandes fábricas, etc.—, las contradicciones de clase se acentuaban; las asociaciones de empresarios ejercían una presión cada vez mayor sobre los sindicatos obreros; aparecían formas de lucha más agudas y más violentas, como, por ejemplo, las huelgas de masas; crecía el costo de la vida, se hacía insoportable la presión del capital financiero, etc., etc. En verdad las cosas *no fueron así*, y eso lo sabíamos muy bien. Ni uno solo de los grandes países capitalistas de Europa, literalmente ninguno, fue perdonado en esa época por la lucha entre las dos corrientes contradictorias internas de la democracia contemporánea. En cada uno de los grandes países, pese al carácter *pacífico*, *estancado* y somnoliento general de la época, esta lucha adoptó a veces las formas más violentas, llegando hasta a provocar divisiones. Estas corrientes contradictorias repercutieron en todos los diversos dominios de la vida y de los problemas de la democracia contemporánea: actitud hacia la burguesía, alianzas con los liberales, votación de los créditos, actitud ante la política colonial, las reformas, el carácter de la lucha económica, la neutralidad de

los sindicatos, etcétera.

La *idea universal de un desarrollo gradual* no era en modo alguno el estado de ánimo predominante de manera absoluta en toda la democracia de esa época, como resulta en Potrésov y Trotski. No. Esa idea fue tomando forma en una determinada tendencia que no pocas veces condujo en la Europa de ese período a la creación de fracciones y, en ocasiones, hasta de diversos partidos de la democracia contemporánea. Esa corriente tenía sus jefes, sus órganos de prensa, su política y su particular método de influir —y especialmente organizado— sobre las masas de la población. Más todavía, esa tendencia se apoyaba cada vez más —hasta que acabó por *apoyarse* definitivamente, valga la expresión—, en los intereses de determinada capa social *dentro* de esta democracia.

La idea universal de un desarrollo gradual atrajo, naturalmente, a las filas de esta democracia a un numeroso grupo de *compañeros de viaje* pequeñoburgueses; después, las particularidades pequeñoburguesas de la existencia, y, por consecuencia, de la *orientación* (corriente, tendencia) política, aparecieron en cierta capa de parlamentarios, periodistas y funcionarios sindicales; se formó una suerte de burocracia y de aristocracia de la clase obrera, más o menos netamente acusada y delimitada.

Tomen, por ejemplo, la posesión de colonias y la extensión de los dominios coloniales. Este era, indudablemente, uno de los rasgos distintivos de la época descrita y de la mayor parte de los grandes Estados. ¿Qué significaba eso desde el punto de vista económico? Gran cantidad de superbeneficios y de privilegios especiales para la burguesía, y también, indudablemente, la posibilidad —primero para una reducida minoría de pequeños burgueses, y después para los empleados mejor colocados, los funcionarios del movimiento obrero, etc.— de recibir unas migajas de estos *trozos de pastel*. Es un hecho incuestionable, reconocido y señalado ya por Marx y Engels, que una minoría insignificante de la clase obrera, de Inglaterra, por ejemplo, *ha hecho uso* de las migajas de los beneficios provenientes de las colonias y de los privilegios. Mas lo que en su momento fueron fenómenos exclusivamente ingleses se hizo común para todos los grandes países capitalistas de Europa a medida que éstos se transformaban en poseedores de colonias en vasta

proporción, y, en general, a medida que se desarrollaba y crecía el período imperialista del capitalismo.

En una palabra, la *idea universal de un desarrollo gradual* en la segunda época (o época de ayer) originó no sólo cierta *incapacidad para adaptarse a los momentos de alteración del desarrollo gradual*, como cree A. Potrésov, y no sólo ciertas inclinaciones *posibilistas*,[4] como supone Trotski: engendró toda una tendencia oportunista que se apoya en determinado sector social dentro de la democracia contemporánea, vinculado a la burguesía de su *color* nacional por miles de hilos de los intereses económicos, sociales y políticos comunes; es una tendencia franca, abierta, plenamente consciente y sistemáticamente hostil a toda idea sobre la *alteración del desarrollo gradual*.

La raíz de toda una serie de errores de Trotski (sin hablar ya de A. Potrésov) en las cuestiones de táctica y de organización está, precisamente, en su temor, o falta de deseo, o incapacidad para reconocer el hecho de la completa *madurez* de la tendencia oportunista, así como su estrechísima e indisoluble ligazón con los nacional-liberales (o el socialnacionalismo) de nuestros días. En la práctica, la negación de esa *madurez* y de esa ligazón indisoluble, conduce, cuando menos, a una confusión e impotencia completas ante el mal socialnacionalista (o nacional-liberal) imperante.

Dicho en términos generales, tanto A. Potrésov, Mártov, Axelrod y V. Kosovski (que ha llegado al extremo de defender la votación nacional-liberal alemana de los demócratas a favor de los créditos de guerra) como Trotski niegan la ligazón existente entre el oportunismo y el socialnacionalismo.

Su *argumento* principal es que no hay coincidencia plena entre la anterior división de la democracia *según el oportunismo* y su división actual según el *socialnacionalismo*. En primer lugar, este argumento es, de hecho, falso, como demostraremos en seguida, y, en segundo lugar, es absolutamente unilateral, incompleto e inconsistente desde el punto de vista de los principios marxistas. Los hombres y los grupos pueden pasar de un campo a otro, cosa no sólo probable, sino hasta inevitable en toda gran *conmoción* social; el carácter de determinada *tendencia* no cambia por ello lo más mínimo; no cambia tampoco la ligazón ideológica: de determinadas tendencias ni su significado

de clase. Podría parecer que todas estas consideraciones son tan conocidas e indiscutibles, que incluso resulta violento insistir demasiado en ellas. Mas los autores mencionados han olvidado precisamente estas consideraciones. La significación fundamental de clase —o, si se quiere, el contenido socioeconómico— del oportunismo consiste en que ciertos elementos de la democracia contemporánea se han colocado (de hecho, es decir, aun sin tener conciencia de ello) al lado de la burguesía en toda una serie de cuestiones. El oportunismo es una política obrera liberal. A quienes temen la apariencia fraccional de estas expresiones les recomendamos que se tomen el trabajo de estudiar las opiniones de Marx, Engels y Kautsky (*autoridad* especialmente adecuada para los enemigos del fraccionalismo, ¿verdad?) acerca, aunque sólo sea, del oportunismo inglés. No puede caber la menor duda de que ese estudio dará como resultado el reconocimiento de la coincidencia cardinal y esencial entre el oportunismo y la política obrera liberal. Así es también la significación fundamental de clase del socialnacionalismo de nuestros días. La *idea* fundamental del oportunismo es la alianza o el acercamiento (a veces el acuerdo, el bloque, etc.) entre la burguesía y su antípoda. La idea fundamental del socialnacionalismo es exactamente la misma. El parentesco ideológico y político, la ligazón, incluso la identidad del oportunismo y del socialnacionalismo no ofrecen la menor duda. Y, como es lógico, nosotros debemos tomar como base no las personas o los grupos, sino precisamente el análisis del contenido de clase de las tendencias sociales y el estudio ideológico y político de sus principios fundamentales, esenciales.

Abordemos el mismo tema desde un ángulo un tanto distinto, y formulemos estas preguntas: ¿*de dónde* ha salido el socialnacionalismo? ¿*Cómo* ha surgido y se ha desarrollado? ¿*Qué* es lo que le ha dado significación y fuerza? Quien no se haya dado respuesta a estas preguntas, no ha comprendido en absoluto el socialnacionalismo y, por tanto, es completamente incapaz de *deslindarse ideológicamente* de él, aunque jure y perjure que está dispuesto a *deslindarse ideológicamente* del socialnacionalismo.

La respuesta a esos interrogantes no puede ser más que una: el socialnacionalismo ha surgido del oportunismo, y es este último, precisamente, el que le ha dado fuerza. ¿Cómo ha podido nacer *de pronto* el socialnacionalismo? Exactamente igual que nace *de pronto* un niño, si han transcurrido nueve meses desde que fue concebido. Cada

una de las múltiples manifestaciones de oportunismo registradas en el transcurso de toda la segunda época (o la época de ayer) en todos los países europeos fueron riachuelos, que ahora han unido *de pronto* sus aguas, formando un gran río, aunque de cauce no profundo (y agreguemos entre paréntesis: turbio y sucio): el río socialnacionalista. A los nueve meses de la concepción, el feto debe desprenderse de la madre; muchos decenios después de la concepción del oportunismo, su fruto maduro, el socialnacionalismo, deberá en un plazo más o menos corto (en comparación con los decenios) desprenderse de la democracia contemporánea. Por mucho que griten, se enojen y enfurezcan las buenas personas de distinto pelaje con motivo de las ideas y de los discursos sobre el particular, esa separación es inevitable, pues se deduce de todo el desarrollo social de la democracia contemporánea y de la situación objetiva de la tercera época.

Mas si no existe plena coincidencia entre la división *según el oportunismo* y la división *según el socialnacionalismo*, ¿no demostrará eso la ausencia de una ligazón sustancial entre los fenómenos citados? Primero, no lo demuestra, del mismo modo que el paso de algunas personas de la burguesía, a finales del siglo XVIII, unas veces al lado de los feudales, y otras al lado del pueblo, no demuestra *la ausencia de ligazón* entre el crecimiento de la burguesía y la Gran Revolución Francesa de 1789. Segundo, en su conjunto —y se trata precisamente del conjunto—, esa coincidencia existe. Tomemos no un país, sino varios, por ejemplo, diez países europeos: Alemania, *Inglaterra*, *Francia*, *Bélgica*, Rusia, Italia, Suecia, Suiza, Holanda y Bulgaria. Sólo los tres países en cursiva constituyen, aparentemente, cierta excepción; en los demás, las *tendencias* de los adversarios decididos del oportunismo han engendrado precisamente tendencias hostiles al socialnacionalismo. Comparen los conocidos *Cuadernos* y sus adversarios en Alemania; *Nashe Delo* y sus adversarios en Rusia; el partido de Bissolati y sus adversarios en Italia; los partidarios de Greulich y de Grimm en Suiza; de Branting y de Hoglund en Suecia; de Troelstra y Pannekoek y de Gorter en Holanda, y por último, los de *Obscho Delo* y los tesniakí en Bulgaria.[5] La correspondencia general de la vieja y la nueva división es un hecho, pues la coincidencia total no existe ni siquiera en los fenómenos más elementales de la naturaleza, del mismo modo que no existe plena coincidencia entre el Volga después de verter en él sus aguas el Kama y el Volga antes de la confluencia, o de la misma manera que no existe parecido

completo entre el niño y sus padres. Inglaterra es una excepción aparente; en realidad, antes de la guerra existían en ella dos tendencias principales en torno a dos periódicos diarios, lo que representa el síntoma objetivo más fidedigno del carácter de masas de las tendencias: *The Daily Citizen*,[6] de los oportunistas, y *The Daily Herald*,[7] de los adversarios del oportunismo. Ambos periódicos se vieron envueltos por la ola del nacionalismo; pero dieron muestras de oposición menos de 1/10 de los partidarios del primero y cerca de 3/7 de los partidarios del segundo. El método corriente de comparación, contraponiendo únicamente el Partido Socialista Británico y el Partido Laborista Independiente, es equivocado, pues se olvida el bloque *efectivo* de este último con los fabianos[8] y con el Partido Laborista. Por tanto, de diez países quedan sólo dos excepciones; mas tampoco en este caso existe una excepción completa, pues las tendencias no han cambiado de lugar, y lo único que ha ocurrido es que la ola ha envuelto (por causas tan comprensibles que no hay por qué detenerse en ellas) a casi todos los adversarios del oportunismo. Esto demuestra, indiscutiblemente, la fuerza de la ola; pero no refuta en lo más mínimo la coincidencia en toda Europa de la vieja división y la nueva.

Se nos dice que la división *según el oportunismo* es anticuada, que sólo tiene sentido la división en partidarios del internacionalismo y partidarios de la estrechez nacional. Es una opinión profundamente equivocada. El concepto *partidario del internacionalismo* carece de todo contenido y de todo sentido si no se desarrolla de manera concreta, y todo paso que se dé en ese desarrollo concreto será una enumeración de los síntomas de la hostilidad al oportunismo. En la práctica, eso será más exacto aún. Un partidario del internacionalismo que no sea el adversario más consecuente y decidido del oportunismo, será un espejismo y nada más. Es posible que algunas personas de este tipo se consideren sinceramente *internacionalistas*, pero a los hombres no se les juzga por lo que piensan de sí mismos, sino por su conducta política: la conducta política de esos *internacionalistas* que no son adversarios consecuentes y decididos del oportunismo representará siempre una ayuda o un apoyo a la tendencia de los nacionalistas. Por otra parte, los nacionalistas se autodenominan también *internacionalistas* (Kautsky, Lensch, Haenisch, Vandervelde, Hyndman y otros), y no sólo se lo llaman, sino que reconocen plenamente el acercamiento, el acuerdo y la fusión internacionales de los hombres y de su modo de

pensar. Los oportunistas no están en contra del *internacionalismo* sino únicamente a favor de la aprobación internacional y del acuerdo internacional de los oportunistas.

Notas:

1. Señalemos de paso que A. Potrésov rehúye indicar quién tenía razón —Marx o Lassalle— en la valoración de las condiciones de la guerra de 1859. Creemos (pese a Mehring) que Marx estaba en lo justo, que Lassalle fue también entonces, como cuando coqueteaba con Bismarck, un oportunista. Lassalle se adaptó a la victoria de Prusia y de Bismarck, a la insuficiente fuerza de los movimientos nacionales democráticos de Italia y Alemania. Por ello se inclinó por la política obrera nacional-liberal. Marx, en cambio, estimuló y desarrolló una política independiente, consecuentemente democrática y hostil a la pusilanimidad nacional-liberal (la intervención de Prusia contra Napoleón en 1859 habría impulsado el movimiento popular en Alemania). Lassalle miraba más hacia arriba que hacia abajo: miraba a Bismarck. El triunfo de Bismarck no justifica en absoluto el oportunismo de Lassalle. (N. de Lenin)

2. «En efecto —escribe A. Potrésov—, precisamente durante este período de supuesto estancamiento ocurrieron colosales procesos moleculares en el interior de cada país; también la situación internacional se transformó poco a poco, ya que la política de conquistas coloniales, de imperialismo belicoso, se convertía con creciente evidencia en su factor determinante».

3. Se alude al artículo de K. Kautsky *La internacionalidad y la guerra*, publicado en 1915 en los números 1 y 2 de la revista *Nashe Delo*.

4. *Posibilistas*: corriente reformista pequeñoburguesa del movimiento socialista francés. Proponían limitar la lucha de los obreros al marco de “lo posible”, de aquí su nombre.

5. Los de *Obscho Delo* (conocidos también por socialistas “amplios”): corriente

oportunista en el Partido Socialdemócrata Búlgaro, que editó desde 1900 la revista *Ohscho Delo* (La Causa Común). Después de la escisión en el X Congreso del Partido Socialdemócrata (1903, ciudad de Ruse) fundaron el Partido Socialdemócrata Búlgaro (de los socialistas "amplios"), de tendencia reformista. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918), los de *Obscho Delo* mantuvieron una posición chovinista. En 1948 se adhirieron al Partido Comunista de Bulgaria.
Tesniakí (los "estrechos"): corriente revolucionaria que surgió en el seno del Partido Socialdemócrata Búlgaro y que, en 1903, se constituyó en Partido Socialdemócrata Obrero Búlgaro independiente. Su fundador y guía fue D. Blagoev. Más tarde dirigieron a los tesniakí los discípulos de Blagoev: G. Dimitrov, V. Kofarov y otros. En 1914-1918, los tesniakí impugnaron la guerra imperialista. En 1919 ingresaron en la Internacional Comunista y formaron el Partido Comunista de Bulgaria.

6. *The Daily Citizen* (El Ciudadano Cotidiano): diario, órgano del bloque oportunista formado por el Partido Laborista, los fabianos y el Partido Laborista Independiente de Inglaterra; se publicó en Londres y Manchester desde 1912 hasta 1915.

7. *The Daily Herald* (El Heraldo Cotidiano): órgano del Partido Socialista Británico; apareció en Londres desde abril de 1912. A partir de 1922 pasó a ser el portavoz del Partido Laborista.

8. Fabianos: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Tomó su nombre del caudillo romano Fabio Máximo (siglo III a.C.), llamado *Cunctátor* (el Contemporizador) por su táctica de expectativa: rehuía los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Entre los fabianos predominaban los representantes de la intelectualidad burguesa; negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista y afirmaban que la transición del capitalismo al socialismo era posible únicamente por medio de pequeñas reformas y transformaciones paulatinas de la sociedad. Durante la guerra imperialista mundial (1914-1918), los fabianos mantuvieron una posición socialchovinista. Sobre la caracterización de los fabianos, véase el artículo de Lenin *El pacifismo inglés y el aborrecimiento inglés de la teoría*.